

SCHATTNER, Thomas G.; GUERRA, Amílcar, coord. (2019) – *Das Antlitz der Götter – O rosto das divindades. Götterbilder im Westen des Römischen Reiches – Imagens de divindades no Ocidente do Império romano*, Madrid; Wiesbaden: Deutsches Archäologisches Institut Madrid; Reichert Verlag, 324 pp. (*Iberia Archaeologica*, 20), ISBN 978-3-9549-0423-5

http://doi.org/10.14195/1647-8657_61_11

Como nos señala José d'Encarnação en su presentación, el presente volumen tuvo como origen un importante congreso que se celebró en 2012 por iniciativa del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid y la Universidad de Lisboa. Su tema fue la difusión de las imágenes divinas y heroicas antiguas a partir del Mediterráneo, y la reunión tuvo lugar en un lugar muy concreto: Boticas, no lejos de Chaves, al norte de Portugal: el centro mismo de la Cultura Castreña, cuya historia y fases culturales se afana en presentarnos Armando Coelho Ferreira da Silva a través de una feliz síntesis, siguiéndola desde sus orígenes hasta su inserción final, sin duda incompleta, en la cultura urbana de Roma.

En efecto, esa idea de helenización y romanización, sobre todo en ámbitos remotos, preside el espíritu de todo el congreso, y dirige nuestra atención, en ocasiones, a temas muy interesantes. Tengamos en cuenta que muy cerca de Boticas se encuentra Montalegre, lugar famoso por unas magníficas y enigmáticas esculturas de guerreros celtas. Pues bien, Wolfgang Löhlein se plantea su posible relación con otras estatuas halladas en la Europa occidental, desde Alemania – el *Guerrero de Hirschlanden* – hasta en la Italia prerromana – el *Guerrero de Capestrano* –: analizándolas, observa que todas ellas se parecen, tanto por su actitud frontal como por la clara definición de sus armas y adornos, y evocan la imagen homérica del héroe. Insiste en esta idea Armando Redentor, quien presenta un panorama de conjunto de los “guerreros lusitano-galaicos”, tan numerosos entre la Galicia central y el curso del Duero.

Pero, frente al héroe, pronto se alza el dios. En el Mediterráneo septentrional, la imagen de la deidad, heredada en parte de la tradición egipcia y fenicia, se elabora en la Grecia arcaica: es Helmut Kyrieleis el encargado de evocarnos este proceso, mostrándonos cómo, durante los siglos VII y VI a.C., desaparecen los dioses abstractos, meras piedras en ocasiones, y los *kouroi* van abandonando su indefinición original – ¿son héroes? ¿son Apolos? – para decantarse por un sentido más concreto, gracias al añadido de atributos o la adopción de posturas sugestivas.

La cultura clásica asume, desde luego, el hecho de que ciertas figuras representan dioses. Pero esta actitud no excluye problemas teóricos o léxicos. Marlis Arnhold aborda el modo en que Plinio el Viejo interpreta las esculturas que menciona en su *Historia Natural*, y señala que, para él, hay una marcada diferencia entre la esencia de las deidades y su representación. Sin embargo, tal actitud dista de ser compartida por todos: Anja Klöckner analiza casos en que estatuas de dioses se utilizan como meros adornos, pero señala la actitud de quienes, a la vez, ven en ciertas imágenes divinas seres animados, portadores de poderes ocultos y temibles.

Por su parte, Manfred Hainzmann se centra en un tema eminentemente lingüístico: ¿Qué nombres concretos reciben las esculturas en latín? La imagen de culto es un *simulacrum*, pero puede recibir el nombre de *statua* si se quiere insistir en su carácter material; en efecto, una escultura es una *statua* o un *signum*. Un *emblema* es un relieve; la palabra *imago* designa un retrato, tanto escultórico como pictórico; y *effigies* es un término muy general, aplicable a todo tipo de representaciones. No se trata de simples palabras: Francisco Marco Simón se asoma a las ambigüedades de significado de ciertas *effigies* e *imagines* de hombres y dioses.

Una vez concluidas todas estas aproximaciones teóricas, las contribuciones al congreso de Boticas se centran en un enfoque geográfico: ¿Qué imágenes de dioses y héroes nos han llegado de dos regiones concretas del Imperio Romano, ambas apartadas de la capital?

La primera de esas regiones es la Germania, o, más exactamente, la cuenca del Rin, cuyo estudio corre a cargo de Gerhard Bauchhens. Lo más asombroso es la profunda romanización de este territorio, que da lugar a representaciones de dioses puramente clásicas, aunque de talla algo tosca: recordemos, por ejemplo, el *Pilar de Nijmegen*, en los actuales Países Bajos, con las figuras inconfundibles de Apolo y Diana y la algo más atípica de Ceres. Sin embargo, esta asimilación plástica no supone la desaparición de ciertos dioses indígenas: Gebrinio, por ejemplo, toma el nombre de Mercurio Gebrinio y adopta las formas y atributos de Mercurio; en cuanto al Júpiter céltico o germano, adquiere – es bien sabido – la forma de un dios a caballo dando muerte a un gigante.

Una vez repasada esta zona fronteriza, llegamos a la parte principal del congreso, que ocupa más de la mitad del volumen: la iconografía de dioses y héroes en la Península Ibérica. Ante todo, merece destacarse la aportación de Michael Blech, que se enfrenta al inabarcable capítulo de la religión e iconografía entre los pueblos iberos antes de la llegada de Roma. Para abordarlo, elabora un esquema complejo, con múltiples apartados, donde caben figuras de tradición fenicia, como el *smiting god* de Cádiz, aportaciones púnicas – por ejemplo, los *timiaterios* con cabezas de diosas –, deidades tan curiosas como la alada de Pozo Moro, “señoras de los animales”, betilos... Todo un mundo, en fin, que ha atraído a decenas y decenas de estudiosos, como puede apreciarse en el amplísimo aparato bibliográfico apuntado tras el texto.

Un paso cronológico nos lleva, de la mano de M^a Paz García-Bellido, a las monedas ibero-romanas, abiertas a los influjos más variados, y al territorio de la Bética, evocado por José Beltrán Fortes y Pedro Rodríguez Oliva. Tras una aproximación a Torreparedones y a algún relieve aislado, estos autores nos introducen en la abundante estatuaria del periodo imperial: asistimos a una romanización abrumadora e imparable, capaz de barrer las tradiciones indígenas y de imponer, junto a las imágenes de los dioses clásicos, la divinización de los emperadores. Otro tanto se observa en las regiones meridionales de Portugal, dependientes de la provincia de Lusitania, según nos muestra Luis Jorge Gonçalves.

Nos toca acercarnos ya a la parte noroccidental de la Península, cerrando el círculo del congreso y devolviéndonos al ámbito de la cultura castreña. El problema más grave es, aquí, la enorme cantidad de dioses documentados por inscripciones – varios centenares, según los estudios clásicos de J.M^a Blázquez – y la escasez de imágenes, dependientes, en unos casos, de la tradición ibérica; en otros, de la imaginería romana, y en otros, de ideas originales con carácter popular. Amílcar Guerra, uno de los coordinadores del congreso, plantea el problema en su conjunto y aborda el estudio teórico de ciertas deidades fluviales, como Ana y Barraeca (Guadiana y Albarregas), o el de figuras menos conocidas.

Finalmente, clausura el volumen el trabajo de Thomas G. Schattner, el otro coordinador del proyecto, y su promotor en el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid. Su labor consiste en descubrir imágenes aisladas de deidades indígenas, tanto en el occidente como en el sur de la Península, y en observar sus distintos orígenes formales: así, el clasicista Endovellicus de São Miguel de Mota, inspirado en la plástica romana de Mérida, se enfrenta al tosco Suceillus fálico de Vilar de Perdizes o al expresivo Vestius Aloniecus de Lourizán, con sus grandes manos y su cabeza cornuda. En otro nivel religioso, este autor analiza – y con ello concluimos – la imagen del caballo sin jinete, que apreciamos en Munigua y en otros lugares de la Andalucía interna. Decididamente, el problema de los dioses indígenas y de su perduración, sobre todo en ámbitos rurales, puede reservarnos aún algunas sorpresas.

Miguel Ángel Elvira
Universidad Complutense de Madrid
maelvira@ghis.ucm.es